no hay belleza moral en un acto, cuando su autor solo se ha movido por una razon de utilidad.

Dos hombres mueren por su patria : ambos ejecutan lo mismo; igual es el bien público que de su muerte dimana; igual el sacrificio con que lo obtienen : el uno es ambicioso, y solo se proponia conseguir un alto puesto; el otro es un sincero amante del bien público, y muere porque cree que morir es su deber : ¿de qué parte está la moralidad? La hallamos en el segundo, que prescinde de la utilidad propia; no en el primero, en quien solo vemos un calculador, que juega su vida por la probabilidad de adquirir lo que ambiciona.

Dos gobernantes que tienen en rehenes á individuos inocentes de las familias del enemigo, se abstienen de matarlos y atropellarlos y les dan libertad.

La conducta del uno es motivada por miras de interés público, porque cree que de este modo contribuye al triunfo de la causa, desarmando la cólera del enemigo, y adquiriendo á su gobierno un buen nombre; la del otro es efecto de la idea del deber : les da libertad porque cree que así lo exigen la humanidad y la justicia : ¿en cuál de los dos vemos al hombre moral? En el segundo, no en el primero.

La razon del bien comun no nos basta para que hallemos moral la accion : esta tiene en ambos el mismo resultado, pero la diferente intencion de sus autores le da caractéres diversos : en el uno reconocemos moralidad, en el otro habilidad.

CAPÍTULO VII.

RELACIONES ENTRE LA MORALIDAD Y LA UTILIDAD.

39. Al distinguir entre la utilidad y la moralidad, no entiendo separar estas dos cosas, de suerte que la una excluya á la otra : por el contrario, las considero íntimamente unidas, ya que no en cada caso particular, al menos en su resultado final. Lo moral es tambien útil : un individuo que cumple fielmente con sus deberes no solo logrará la felicidad que está reservada á los justos después de la muerte, sino que con mucha frecuencia será dichoso en esta vida, en cuanto es posible á la condicion humana. Sus goces no serán tan vivos y variados como los del hombre inmoral, pero serán mas dulces, mas constantes: exentos de amargura, no dejarán en el alma el roedor gusano del remordimiento. Su posicion en la sociedad no será quizá tan elevada y brillante, pero tampoco le atormentará la idea de que sus iguales le detestan, sus inferiores le maldicen, y sus superiores le desprecian; tampoco estará temiendo de continuo una caida que le precipite en la nada, y que le haga expiar las villanías y los delitos con que se levantara sobre los demás. La dicha del hombre inmoral es ruidosa, fastuosa; la del hombre de bien es modesta, tranquila, se desliza en el silencio y oscuridad de la vida privada, como aquellos mansos arroyos que murmullan suavemente en un valle retirado, sin mas testigos que la verde yerba que tapiza sus orillas, y la luz del cielo que refleja en su cristalina corriente.

40. Lo propio que en los individuos se verifica en la sociedad. Una nacion corrompida deslumbra tal vez con el esplendor de sus letras y bellas artes; pero bajo el manto de púrpura y de oro, abriga la llaga mortal que la conduce al sepulcro. La Roma de los Brutos, Camilos, Fabios, Manlios y Escipiones, no brillaba tanto ciertamente como la de los Tiberios, Nerones y Calígulas; sin embargo, la Roma modesta marchaba á pasos agigantados á un grandor fabuloso, al imperio del mundo; y la Roma brillante iba á caer bajo el hierro de los bárbaros y á ser la irrision de las naciones. Un Estado, por un acto de perfidia con que falta á los tratados, adquirirá tal vez una posicion importante, una ventaja del momento; pero esto no compensa su descrédito á los ojos del mundo, y los perjuicios que le ha de acarrear su reputacion de perfidia. Un gobierno que para la administracion del Estado promueve la corrupcion y fomenta la venalidad, conseguirá resultados momentáneos, que le conducirán quizás con brevedad al fin que se propone; pero dejad pasar el tiempo; la venalidad se extenderá de tal modo, que bien pronto faltarán medios para comprar á los que quieran venderse; se presentarán, por decirlo así, mejores postores en esa subasta de hombres; y el mismo gobierno que habia tomado por base la corrupcion, se hundirá bien pronto en el inmundo lodazal, obra de sus manos.

41. La utilidad bien entendida, no solo está hermanada con la moralidad, sino que puede tambien ser objeto *intentado* en la accion moral, sin que esta se afee ni pierda su carácter. El honrado padre de familias que con su trabajo sustenta á sus hijos, se propone la utilidad que gana con el sudor de su frente; el soldado que muere por su patria, se propone el bien público que de su sacrificio resulta; la persona caritativa que socorre al pobre, intenta la utilidad del socorrido; el individuo laborioso que se desvela por aprender un arte ó una ciencia, ó por procurarse una posicion decente, intenta su utilidad privada; en los medios que empleamos para conservar ó restablecer la salud, intentamos nuestra utilidad propia; ¿y quién dirá que semejantes acciones dejan por esto de ser morales? ¿No seria bien extraña una moralidad que prescribiese al padre el trabajar por el sustento de su familia, sin intentar esa utilidad; al soldado el morir por su patria, sin intentar el fruto de su muerte; al misericordioso el socorrer al pobre, sin intentar la utilidad del infeliz; al individuo perfeccionar sus facultades ó labrar su fortuna, sin intentarlo; á todos conservar la salud, sin proponernos su conservacion? No se entiende de este modo el desinterés moral; se entiende sí, que la razon constitutiva de la moralidad, no es la utilidad; se afirma que la una no es la otra, pero no que estén reñidas; por el contrario, se hallan íntimamente enlazadas. La utilidad no constituye la moralidad; pero muchas veces es una *condicion* necesaria para ella: ¿cómo se concibe un conjunto de relaciones morales en un hombre cuyas acciones no sean útiles á nadie? La beneficencia, uno de los mas bellos florones de la corona de las virtudes, ¿en qué se convierte, si no se dirige á la utilidad de los demás? El heroismo con que el hombre se sacrifica por el bien de sus semejantes, ¿á qué se reduce si se le separa de este bien, de esa utilidad para los otros? El hombre puede y debe intentar los resultados que corresponden á cada accion moral; sin esta intencion sucederia muchas veces que sus obras carecerian de objeto, y que la moralidad seria una cosa vana, ó una contradiccion.

42. La combinacion de la utilidad con la moralidad nos la indica nuestro deseo innato de ser felices. Respetamos, amamos la belleza moral; este es un impulso de la naturaleza; pero tambien esa misma naturaleza nos inspira un irresistible deseo

varias acepciones; á veces expresa la facultad de pensar, ó el entendimiento, en cuyo sentido se dice que el bruto carece de razon, y que el demente ha perdido el uso de la razon; á veces significa el conjunto de las verdades fundamentales, que son como las leyes de nuestro entendimiento: y así decimos que tal ó cual cosa es contraria á la razon, y que lo absurdo es contra la razon, porque se halla en contradiccion con estas verdades. Por fin, la razon se toma frecuentemente por la equidad y justicia moral. « Pretende eso y tiene razon, es lo justo; se resiste á desposeerse de tal propiedad y no tiene razon, porque no le pertenece; exige en el contrato condiciones razonables; » en estos y otros casos, razon se toma por equidad ó justicia. Ninguna de estas acepciones basta para que diciendo: conforme á razon, resulte explicado el carácter constitutivo de la moralidad.

47. Ser conforme á razon, significando por esta palabra la facultad de entender, es no decir nada. Una facultad incluye actividad, pero esta puede ejercerse de mil maneras; ser conforme á una actividad, es ser proporcionado á ella, ó ser una condicion que la desenvuelva; pero en todo eso nada encontramos que nos dé ideas morales.

48. Decir que la moralidad es la conformidad á la razon, esto es, al conjunto de verdades que ella conoce, es ó no decir nada, ó caer en un círculo vicioso. Porque en este conjunto de verdades entran las morales ó no: si entran, la proposicion significa que la moralidad consiste en la conformidad á las verdades morales, lo que es explicar la cosa por sí misma, y por tanto no aclarar nada; si no entran, entonces observaremos que la conformidad á la razon será conformidad con lo conocido; y como este conocimiento puede referirse á mil objetos, y aplicarse de infinitas maneras, nos quedamos sin ninguna regla moral, y el hombre podrá cometer las acciones que quiera en conformidad con sus conocimientos. Verdad hay en los cálculos del traidor; verdad en los insidiosos preparativos del asesino; verdad en las invenciones del sensual para prolongar, variar y avivar sus placeres, verdad en las especulaciones del codicioso; verdad en los planes del ambicioso turbulento; verdad en los designios del orgulloso, que todo lo sacrifica en sus aras; en tales casos hay verdades de hecho, conocidas, calculadas; verdad

en las relaciones del medio con el fin; ¿diremos sin embargo que hay moralidad? Claro es que no: luego el conocimiento por sí solo no es regla de moral; el conocimiento es una arma de que podemos hacer bueno y mal uso; necesitamos, pues, un principio que le dirija, y que le dé ese carácter que en sí propio no tiene.

49. Si por la palabra razon se entiende justicia, equidad ú otra idea moral, caemos en el mismo defecto arriba censurado: se explica la cosa por sí misma, y así no se adelanta nada.

CAPÍTULO IX.

NADA SE EXPLICA CON DECIR QUE LA MORAL ES UN HECHO ABSOLUTO DE LA NATURALEZA HUMANA.

50. Las ideas morales están en nuestro espíritu; en la razon que las conoce, en la voluntad que las ama, en el corazon que las siente: ¿podríamos decir que la moralidad es un hecho primitivo del alma, y que su valor intrínseco depende de nuestra propia naturaleza racional?

51. La naturaleza humana, en general, es un ser abstracto, en el que no puede fundarse una cosa tan real é inalterable como es la moralidad; tomada individualmente no es otra cosa que el hombre mismo; y en este tampoco se puede hallar el orígen de la moral. El individuo humano es un ser contingente, el órden moral es necesario; antes que nosotros existiéramos, el órden moral existia; y este continuaria aunque nosotros fuéramos aniquilados; en ningun individuo humano se halla el orígen de una cosa necesaria, luego tampoco puede hallarse en su conjunto. Nosotros concebimos las ideas morales independientes, no solo de este ó aquel individuo sino de toda la humanidad: aunque no existiese hombre alguno habria órden moral, con tal que hubiese criaturas racionales. El hombre es uno de los seres que por su racionalidad son susceptibles del órden moral, pero no el orígen de este órden.

52. Los que miran la moralidad como un hecho absoluto del espíritu humano, sin ligarla con la existencia de un ser superior, no explican nada; no hacen mas que consignar el hecho de las ideas y sentimientos morales, para lo cual no necesitamos ciertamente de investigacion filosófica: son cosas que todos llevamos en el entendimiento y en el corazon; para cerciorarnos de ellas bástanos el testimonio de la conciencia.

CAPÍTULO X.

ORÍGEN ABSOLUTO DEL ÓRDEN MORAL.

53. Precisados á salir del hombre para buscar el orígen del órden moral, y siendo claro que hemos de encontrar la misma insuficiencia en las demás criaturas, es necesario que le busquemos en la fuente de todo ser, de toda verdad y de todo bien: Dios.

Lo que se ha dicho (V. *Ideología*, cap. XIII) sobre el fundamento de la posibilidad, y de las verdades ideales necesarias, tiene aplicacion aquí. Los principios morales son tambien necesarios, inmutables; y así no pueden fundarse en un ser contingente y mudable. Luego su origen está en Dios.

54. Pero queda todavía la dificultad sobre el sentido de la doctrina que pone en Dios el orígen de las verdades morales. ¿Se entiende que dependan de su libre voluntad? No. Porque de esto se seguiria que lo bueno seria bueno y lo malo malo, solamente porque Dios lo habria establecido; de suerte que sin mengua de su santidad hubiera podido hacer que el odio de la criatura al Criador fuese una virtud y el amor un vicio, que el aborrecer á todos los hombres fuese una accion laudable, y el amarlos vituperable; ¿quién puede concebir tamaños delirios? Por donde se ve que el órden moral tiene una parte necesaria, independiente de la libre voluntad divina; por la sencilla razon de que Dios, todo verdad, todo santidad, no puede alterar la esencia de las cosas, pues que esta se halla fundada en la misma verdad y santidad infinita.

55. A medida que se va analizando la cuestion, el terreno se despeja, y nos encontramos con menos elementos que puedan pretender á ser principios de la moralidad: no la hallamos

fundada en ninguna criatura, ni tampoco en la libre voluntad divina; luego será algo necesario en Dios mismo: ¿el orígen de la moralidad será la misma bondad moral de Dios, la santidad infinita? pero ¿qué es bondad moral, qué es santidad? ¿qué queremos significar por estas palabras? Hé aquí una nueva dificultad.

56. Si antes de lo contingente es lo necesario, antes de lo condicional lo incondicional, antes de lo relativo lo absoluto, claro es que esa bondad moral, contingente no en sí, sino en el ser criado; condicional, por la dependencia de las condiciones á que en su aplicacion está sujeta; relativa, por los extremos á que se refiere; ha de estar precedida de una bondad moral absoluta, que no se funde en otra cosa que en sí misma, que sea la bondad moral por esencia y excelencia; de suerte que en llegando á ella ya no sea posible pasar mas allá en busca de otras explicaciones. El mismo lenguaje con que expresamos la razon de la moralidad indica el carácter absoluto de su orígen. Conforme á razon, á la ley eterna, á los principios eternos: estas expresiones indican relacion de *conformidad* á una bondad necesaria, es decir, la dependencia en que lo relativo está de lo absoluto.

57. ¿Cuál es pues el atributo de Dios, ó el acto que concebimos como bondad moral, como santidad? No es su inteligencia, ni su poder, sino el amor de su perfeccion infinita. El acto moral por esencia, el acto constituyente, por decirlo así, de la bondad moral de Dios, ó sea de su santidad, es el amor de su ser, de su perfeccion infinita; mas allá de esto nada se puede concebir que sea orígen de la moral; mas puro que esto no se puede concebir nada en el órden moral. El amor con que Dios se ama á sí mismo es la santidad, es, por decirlo así, la moral viviente. Todo lo que hay de moralidad real y posible, dimana de aquel piélago infinito.

58. La santidad de Dios no es el cumplimiento de un deber, es una necesidad intrínseca, como la de existir. No se puede buscar la razon del amor que Dios se tiene á sí mismo: esto es una realidad absolutamente necesaria. Del hombre se dice muy bien que *ha de* amar á Dios; pero de Dios no se debe decir esto, sino que *se ama;* enunciando de una manera absoluta una verdad absoluta. A quien insistiese en preguntar porqué

Dios se ama á sí mismo, le replicaríamos que la pregunta es tan extraña, como esta otra: porqué Dios existe. Lo necesario no tiene la razon de sí mismo, fuera de sí mismo; es: y ya está dicho todo; nada se puede añadir. Lo propio diremos de la santidad: Dios es infinitamente santo por el amor de sí mismo: de este amor no puede señalarse otra razon sino que *es*. Pero en cuanto podemos ensayar con nuestra débil razon la explicacion de lo infinito, ¿concebimos acaso algo mas recto, mas conforme á razon, que el amor de la perfeccion infinita? El amor ha de tener algun objeto: este es el ser; no se ama á la nada: cuando pues hay el ser por esencia, el ser infinito, hay el objeto mas digno de amor. Pero no insistamos en manifestar una verdad tan clara que no necesita explicacion.

59. Veamos ahora cómo de la santidad infinita, del acto moral por esencia, del amor de Dios, de la moralidad sustancial y viviente, dimana la moralidad ideal que hallan en sí propias todas las criaturas intelectuales, y que se realiza bajo distintas formas en las relaciones del mundo intelectual.

CAPITULO XI.

CÓMO DE LA MORALIDAD ABSOLUTA DIMANA LA RELATIVA.

60. Dios, viendo desde la eternidad el mundo actual y todos los posibles, veia tambien el órden á que debian estar sujetas las criaturas que los compusieran. Una obra de la sabiduría infinita no podia estar en desórden; y mucho menos la mas noble entre ellas, que era la intelectual. Amándose Dios á sí mismo, amaba tambien este órden, y le queria realizado en el tiempo por las criaturas racionales, cuando se dignase sacarlas de la nada. Pero como esta realizacion debia ser ejecutada libremente, pues que los seres dotados de inteligencia no pueden estar sujetos en sus actos á la necesidad, como los irracionales, debia comunicárseles esta regla por medio del conocimiento con el cual dirigieran su voluntad. Así sucedió; y la impresion de esta regla en nuestro espíritu, hecha por la mano del Criador, es lo que se llama ley natural.

61. Entre las prescripciones de esta ley, figura en primera línea el amor de Dios; el órden moral en la criatura no podia fundarse en otra cosa; ya que el amor de Dios á sí mismo es la moralidad por esencia, la participacion de esta moralidad debia ser tambien la participacion de este amor. Y hé aquí una prueba filosófica de la profunda sabiduría de la religion cristiana, que establece el amor de Dios como el mayor y primero de los mandamientos.

62. Claro es que el hombre, atendida su debilidad, no puede estar siempre pensando en el amor de Dios; por lo cual no es necesario que todos sus actos lleven de una manera explícita este augusto carácter; pero puede, sí, obrar de modo que nada haga contrario á este amor, y conformar sus actos al órden prescrito. Cuando así proceda, aunque sus acciones no estén expresamente motivadas por este amor, participan de él en alguna manera; y en esta participacion consiste la moralidad, en lo contrario la inmoralidad.

63. Esta doctrina no es una mera hipótesis para explicar un hecho: si su exposicion no bastase para manifestar su verdad, hé aquí de qué modo podríamos confirmarla.

La moral como necesaria y eterna no se funda en ninguna criatura, luego su orígen está en Dios. La bondad moral participada, ha de estribar en la moral por esencia; esta es la santidad divina. Cuando un hombre es muy bueno moralmente se le apellida santo; la bondad por esencia será la santidad por esencia. La santidad divina es el amor que Dios se tiene á sí mismo: este amor participado hace la santidad de la criatura; el amor por esencia ha de ser la santidad por esencia. Además, los otros atributos de Dios no se refieren directamente al órden moral; este es el único en que descubrimos este carácter; nada podemos concebir mas bueno y mas santo que el acto puro, infinito, con que Dios ama su perfeccion infinita.

La moralidad en la criatura no puede ser otra cosa que una participacion de la moral divina. La primera y principal de estas participaciones es el amor de la criatura á Dios.

64. Dios ama el órden que corresponde á las criaturas conforme á lo que está en la sabiduría infinita. La criatura amando este órden ama lo que Dios ama, lo que está en Dios, y por consiguiente ama en algun modo á Dios. Infringiendo este ór-

CAPÍTULO IV.

LA REGLA DE LA MORAL NO ES EL INTERÉS PRIVADO.

15. Supuesta la necesidad y existencia de una regla, y probado que no es arbitraria sino natural, busquemos cuál es.

16. Entre los errores que se han vertido sobre la materia merece un lugar preferente el que confunde la moralidad con la utilidad privada. Segun esto, lo útil á un individuo es moral para él, lo nocivo inmoral; lo que no daña ni aprovecha es indiferente; el órden moral es el conjunto de las relaciones de utilidad: quien obra con arreglo á ellas obra bien, quien las perturba obra mal. Las facultades de un ser deben dirigirse á proporcionarle el mayor bienestar posible: la relacion con el grado de este bienestar es la medida de la moralidad de las acciones.

17. Desde luego salta á los ojos que este sistema erige en base de la moralidad el egoismo: así comienza por fundarla en lo que le repugna, en lo que la destruye, á no ser que se engañe la humanidad entera. « Este hombre es un egoista; para él nada hay bueno sino lo que le ofrece utilidad; » hé aquí una terrible acusacion segun la conciencia de todo el género humano; y no obstante esta acusacion se convierte en elogio en el sistema que combatimos. « Este hombre es egoista, solo atiende á su utilidad; solo á ella respeta; » significará ese absurdo: « el egoista es altamente moral, pues que solo respeta la utilidad, esencia de la moralidad. »

Esta observacion basta y sobra para destruir tan errónea doctrina; sin embargo, bueno será examinarla y refutarla con mas extension y bajo todos sus aspectos.

18. ¿Qué es la utilidad? Es el valor de un medio para lograr un fin. Un caballo es útil, porque nos sirve para montar ó conducir efectos; el dinero es útil, porque nos sirve para proveernos de lo que necesitamos; la pluma es útil, porque nos sirve para escribir. Cuando una cosa no conduce á otra se llama inútil para ella. Así, pues, las ideas de utilidad é inutilidad son esencialmente relativas; lo que es útil para una cosa

por Dios al hombre desde su creacion, en cuanto produce en este un vínculo moral.

75. Mandamiento ó precepto es el acto que produce este vínculo moral con respecto á la ejecucion de una cosa. Prohibicion es el acto que liga moralmente para no ejecutar una accion.

76. Lícito es lo que no contraría el órden moral; ilícito lo que le contraría.

77. Deber es la sujecion de la criatura libre al órden moral.

78. La obligacion, tomada esta palabra en su mayor generalidad, se confunde con el deber. Se llama obligacion porque la sujecion al órden moral forma una especie de vínculo, que respetando la libertad física, la *liga* en el órden moral, en cuanto la criatura no puede apartarse de este órden sin hacerse culpable y sin incurrir en una pena.

79. La idea de derecho incluye dos: la de lícito con relacion al sujeto que lo tiene; y la obligacion de los demás en respetársele.

Camilo puede pasearse; los otros no pueden impedírselo; Camilo tiene, pues, derecho al paseo. Si estuviese solo en el mundo, el paseo le seria lícito; pero no se diria que esta licitud (si puedo expresarme así) fuese un derecho.

Salustio puede reclamar el dinero que ha prestado á su amigo; y este tiene obligacion de devolvérsele; en Salustio hay un derecho.

Luego el derecho incluye siempre obligacion ó deber en otro, ya sea para hacer, ya para no impedir.

80. Imputabilidad moral es el conjunto de las condiciones necesarias para que una accion pueda ser atribuida á una criatura en el órden moral. Estas son: conocimiento del acto imputado y libertad en su ejecucion (cap. II).

81. Responsabilidad moral es la sujecion á la imputabilidad y á sus consecuencias.

82. Culpa es la misma responsabilidad por una mala accion. «Es culpable, no es culpable;» esto es, ha obrado mal, ó no; es responsable de un mal ó no.

83. Pecado es una accion mala. Se suele aplicar este nombre á las acciones malas consideradas únicamente con relacion á Dios. Cuando se las refiere á las leyes humanas se apellidan

faltas, delitos ó crímenes, segun su gravedad y naturaleza. Hay pecados de omision.

84. Premio es un bien otorgado á un ser á consecuencia de una accion buena que le pertenece como imputable.

85. Pena es un mal causado al ser libre, por motivo de una accion mala de que es responsable. El castigo es la aplicacion de la pena.

86. Virtud es el hábito de obrar bien.

87. Vicio es el hábito de obrar mal.

Para ser virtuoso no basta ejecutar una accion buena; es preciso tener el hábito de obrar bien; así como por un acto malo se hace el hombre culpable, mas no vicioso.

88. Laudable es el ser la accion digna de que la reconozcan y aprecien los demás, como conforme al órden moral.

89. Vituperable es lo digno de que los demás lo reconozcan y censuren como contrario al órden moral.

90. Conciencia es el dictámen de la razon que nos dice: esto es bueno, aquello es malo.

91. Si hay verdad en el juicio de la moralidad de un acto, la conciencia se llama recta; si hay error, errónea; si hay certeza, cierta; si hay probabilidad, probable. La conciencia dudosa es la que está fluctuante entre el sí y el no.

92. El error es invencible, cuando no lo hemos podido evitar; de lo contrario es vencible. Lo mismo se aplica á la ignorancia de una obligacion. Si por ignorancia invencible, cometemos un acto malo, no somos culpables; pero la ignorancia vencible no exime de culpa.

CAPÍTULO XIII.

CÓMO SE EXTIENDE EL ÓRDEN MORAL Á LO QUE NO LE PERTENECE POR INTRÍNSECA NECESIDAD.

93. Hasta aquí hemos considerado el órden moral en sus relaciones necesarias; fáltanos ahora saber cómo se extiende á muchas cosas que no participan de esta necesidad. Lo que pertenece al órden moral necesario, está mandado porque es

bueno, ó prohibido porque es malo: lo que está fuera de dicha necesidad, es bueno porque está mandado, ó malo porque está prohibido. El amor de Dios está mandado porque es bueno; el perjurio está prohibido porque es malo. La observancia de un rito, por ejemplo, la abstinencia de ciertos manjares, es buena porque está mandada; el comer de ellos es malo porque está prohibido. Los mandamientos relativos al órden necesario se llaman naturales, los demás positivos.

94. La obligacion positiva es una consecuencia de la natural; ó hablando con mas propiedad, es la misma obligacion natural aplicada á un caso. Hé aquí puesta en un silogismo la fórmula general de todas las obligaciones positivas que emanan de Dios. Es de ley natural el obedecer á Dios en todo lo que mande; es así que ha mandado *esto*; luego es de ley natural el hacer *esto*. La mayor es un principio de moral necesaria; la menor es la afirmacion de una cosa particular que cae bajo lo comprendido en aquel principio; luego la consecuencia incluye tambien una obligacion natural, ó sea la aplicacion de la ley natural á un caso dado.

95. Esta aplicacion de los principios naturales á casos especiales, se encuentra en todas las relaciones de la vida. Casio no está obligado á ceder una propiedad á Sempronio: esta cesion nada tiene que ver con la ley natural. Pero si suponemos que Casio se ligue por un contrato, la cesion resultará prescrita por la ley natural. Segun esta se debe cumplir lo pactado; Casio ha pactado la cesion, luego debe hacerla; y no haciéndola peca contra la ley natural.

96. De la propia suerte se explican las obligaciones positivas que emanan de legítima autoridad humana. La ley natural prescribe que se guarde en la sociedad el órden debido; el cual no puede subsistir, rotos los vínculos de la obediencia á la autoridad legítima; esta tiene pues la sancion de la ley natural; y en el ejercicio de sus funciones produce obligacion á causa de esta misma ley.

CAPÍTULO XIV.

DEBERES PARA CON DIOS.

97. Una criatura racional, aunque estuviese enteramente sola en el universo, no podria prescindir de sus relaciones con el Criador: su simple existencia le produce deberes hácia el Ser que se la ha dado.

98. El primero de estos deberes es el amor: este es la base de los demás. Por el amor se une nuestra voluntad con el objeto amado, y la criatura no está en el órden, si no está unida con su Criador. El objeto de la voluntad es el bien; y por tanto el objeto esencial de la voluntad es el bien por esencia, el bien infinito.

99. Lo mismo se nos indica por la inclinacion hácia el bien en general que todos experimentamos. No hay quien no ame el bien; no hay quien no le desee bajo una ú otra forma. Los errores, las pasiones, los caprichos, la maldad, buscan á menudo el bien en objetos inmorales y dañosos; pero lo que se quiere en ellos no es lo que tienen malo sino lo bueno que encierran. Supuesto que el bien, en general, es una idea abstracta, y que no hay bien verdadero, sino cuando hay un ser en que se realiza; este deseo del bien en sí mismo nos indica que hay algo que no solo es una cosa buena, sino el bien en sí mismo. Si á este bien, que es Dios, le conociésemos intuitivamente, le amaríamos con una feliz necesidad; pero ahora, mientras estamos en esta vida, aunque amemos por necesidad el bien tomado en general, no lo amamos en cuanto está realizado en un ser; y por esto el hombre sustituye con harta frecuencia al amor del bien infinito y eterno el de los finitos y pasajeros.

100. El amor de Dios engendra la veneracion, la gratitud, el reconocimiento de que todo lo hemos recibido de su mano bondadosa; y por tanto la adoracion interior con que nos humillamos en su presencia rindiéndole los debidos homenajes. Hé aquí el culto interno.

101. El hombre ha recibido de Dios no solo el alma, sino